

“Tú También Ve a la Viña”

UNA PARABOLA DE JESUS PARA TODOS NOSOTROS

En 1988 el Papa Juan Pablo II escribió una carta muy conmovedora sobre los miembros laicos del pueblo fiel de Cristo. El quiso subrayar la importancia de la vocación laical para poder ser testigo de Jesucristo y así llevar su mensaje al mundo. El título que él uso se encuentra en el evangelio de Mateo, capítulo 20, en el cual el Señor Jesús habla del dueño de una viña que está buscando personas que vayan y trabajen en su viñedo. El necesita una gran cantidad de personas para producir las uvas que harán el buen vino. El sale temprano en la mañana y se encuentra con personas que no están haciendo nada y les invita a que vayan a trabajar y les promete pagarle lo *que es justo*. Varias veces durante el resto del día hace la misma cosa; a cualquier persona que se encuentra la invita a que vaya a su viña y trabaje siendo así productivo como los demás, cooperando con el dueño de la viña para que su viñedo de muchos frutos. Hasta la última hora él encuentra personas y las envía a su viña. Y usted sabe lo que sucede cuando llega el momento para que el dueño de la viña les pague. El comenzó con los últimos y a esos les pagó el sueldo de un día de trabajo. Los que estaban esperando para recibir su sueldo y que habían trabajado más, naturalmente pensaron que recibirían más dinero. Sin embargo, no fue así. El les dio a todos el mismo sueldo, el sueldo de un día de trabajo, sin importar que algunos solo hubieran trabajado por un corto tiempo. La mayoría de nosotros, viendo eso, diríamos que eso no es justo. El debe pagarle más a los que más trabajaron. Pero el punto de la parábola es que el Dueño de la viña, que es el Señor mismo, es generoso. Como los trabajadores de la viña hemos sido invitados a tomar parte en la vida de la Iglesia y en el trabajo que la Iglesia es enviada hacer en el mundo. No importa cuando respondamos a la invitación, el Señor va a ser generoso y nos dará abundantemente a cada uno de nosotros.

En esta parábola hay una gran lección y una invitación aún mayor para ti y para mí. Tú y yo sabemos que somos el Pueblo de Dios. El nos ama y nos ha bendecido con tantos buenos dones. ¡Bautizados en la muerte y resurrección de Jesucristo, tenemos la magnífica dignidad de ser Sus hijos e hijas, verdaderos hermanos y hermanas de Su Hijo, nuestro Señor, Jesucristo! El respeta nuestra libertad y nos llama a “reconocer nuestra dignidad” mostrando nuestra gratitud al vivir tal como El nos llama a vivir. Claro está, esto incluye nuestra veneración a Dios la cual es una solemne obligación de todo ser humano. Nosotros los Católicos vamos gozosamente a la

Misa Dominical porque nuestra veneración a Dios es la verdadera Eucaristía, un acto de agradecimiento donde escuchamos la Palabra de Dios, proclamamos las grandes obras de salvación realizadas por Jesucristo y somos nutridos por su Cuerpo y por su Sangre.

Más, como sabemos, la Eucaristía Dominical no es el comienzo y el final de nuestra vida de fe. Tenemos que vivirla fuera de la Iglesia en nuestro vivir diario. Las palabras finales de la Misa, *Vayan en paz, glorificando al Señor a través de sus vidas*, que son verdaderamente reales han de ser aceptadas y hechas realidad a través de nuestro diario vivir.

¡En la carta del Beato Juan Pablo II, hay una profunda conexión entre la parábola del Dueño que envía a los trabajadores a su viñedo y el enviarnos a nosotros al finalizar la Misa a que vivamos nuestras vidas como discípulos en ese mundo que compone nuestra existencia! El Santo Padre quería subrayar el hecho que todos hemos sido llamados a trabajar en el viñedo. El Dueño siempre está listo para enviarnos en el momento que nosotros respondamos. Grandiosamente generoso, Dios desea darnos una recompensa abundante a través de Jesucristo en la Iglesia en la cual todos somos participantes iguales.

UNA MAGNIFICA VERDAD QUE LES PIDO CONSIDEREN

En esta carta pastoral quisiera que mantuvieran esta parábola en sus mentes y corazones mientras reflexionamos sobre nuestras vidas como Iglesia. El Dueño del viñedo nos llama. El conoce nuestras fuerzas y nuestras debilidades. Pero El no solo quiere que celebremos nuestra fe tal como hacemos los domingos durante la Eucaristía. El quiere que la celebremos en el trabajo dando a conocer su amor a los demás. La parábola es una llamada a que actuemos. También es una palabra de reafirmación que El será infinitamente generoso con nosotros no importa cuando nosotros respondamos a su llamada.

Cada parábola es una gran sorpresa. ¡Y de igual forma esta! No les estoy pidiendo que ignoren la noción de justicia o injusticia respecto al sueldo. Lo que les pido es que consideren como en el amor de Dios esas nociones humanas de justicia e injusticia no se igualan a Su generosidad y por lo tanto, en cierto sentido, son inadecuadas y hasta son lanzadas por la ventana cuando descubrimos el amor generosamente abundante de Dios para con nosotros. Esto es lo que experimentamos en la Iglesia. Tú y yo sabemos esto. Lo sabemos en la realidad de nuestras vidas y de nuestras familias. Lo sabemos cuando miramos lo pasado, pues lo pasado es testimonio de la verdad del Pueblo de Dios, la Iglesia que siempre ha sido el depósito del amor

de Dios. El perdona nuestras faltas. Una y otra vez El nos invita a compartir Su vida. Una y otra vez nos premia con dones que no merecemos.

¡Que gran mensaje es este! Es un mensaje que nos dice que el amor de Dios es tan abundante y a la vez Su respeto por nosotros y por nuestra libertad es tan profundo. Por lo tanto, El quiere que vayamos a la viña libremente y que utilicemos nuestro tiempo, nuestro talento, y nuestro tesoro y que ayudemos al mayor número de personas a compartir la vida y los dones que vienen al ser parte de la casa del Dueño de la viña. Desde esta perspectiva ya no es un asunto de justicia humana; quien recibe que cantidad por su trabajo. El Dueño de la viña, Jesús, nuestro Salvador y Hermano, siempre va más allá de la justicia humana y siempre es más generoso con nosotros de lo que nos podemos imaginar.

Para mí es fácil decir que el viñedo es la Iglesia. Hace mucho tiempo, me sentí llamado por el “Dueño de la Viña” para ser sacerdote. Nunca me he arrepentido. El solo compartir en la vida de la Iglesia es un gozo inmedible. ¡El ser sacerdote y obispo me da una satisfacción inmensa! Como su pastor y hermano, quiero que experimenten el mismo gozo al participar conmigo y con mis hermanos sacerdotes de la manera más extraordinaria y hermosa de vivir que puedo considerar. Hoy, quiero invitarlos a que reflexionen una vez más cómo pueden ir a la viña. Estoy orando para que aquí, en nuestra querida diócesis de Rockville Centre más y más de ustedes, los fieles laicos, puedan unirse con mis hermanos sacerdotes y conmigo ayudando así a llevar los frutos de la vida y amor de Dios unos a otros y a todos los que anhelan conocer y compartir en el vino del amor de Dios, incluso aunque nunca lo hayan experimentado.

Pensemos por un momento lo que el Beato Juan Pablo II y la Beata Madre Teresa de Calcuta nos mostraron en sus propias vidas. Incluso en la enfermedad, nunca dejó el Beato Juan Pablo de mostrar al mundo, y especialmente a los jóvenes, el camino a seguir a Cristo, sin miedo, confiados en el amor de Dios que abraza al mundo. La Madre Teresa comenzó recogiendo los enfermos y moribundos pobres de las calles de Calcuta y nunca dejó de preocuparse por los pobres, los olvidados, los marginados, con un amor que refleja el amor de Dios por nosotros. Anunciar a Cristo es el mejor mensaje que podemos dar a los demás porque es el único mensaje que abraza a todos y salva a todos. Dar testimonio de El como esos dos santos expande los tesoros reales de las buenas obras que atraen a jóvenes y mayores a este gran mensaje de amor y de vida.

PERTENECER MÁS PROFUNDAMENTE

Con esta carta pastoral estoy ampliando mi última carta, *Pertenecer Más Profundamente*. Les estoy invitando a pertenecer más profundamente a Jesús, a Su Iglesia y unos a otros. Los invito a aceptar el llamado de Dios para ir a la viña y a llegar a los demás con una invitación expresa para que vengan a conocer a Jesucristo. Sí, es hora de invitar a otros a venir y experimentar Su vida y el amor al igual que tú y yo lo hemos experimentado. Quiero que todos seamos instrumento para ayudar a otros a compartir lo que nosotros compartimos.

En la carta *Pertenecer Mas Profundamente*, hablé de dos grupos. El contexto era Navidad y los dos grupos de los cuales hablé eran los pastores que van alegremente en respuesta a las voces de los ángeles y encontraron al Señor, lo veneraron y adoraron, y pusieron sus vidas a los pies de María y de su Divino Hijo. Los otros eran los Reyes Magos quienes eran hombres sabios procedentes de un país lejano, que vieron la estrella y fascinados por la estrella querían seguirla para ver si podían descubrir en su sabiduría cual sería el mensaje que Dios tendría para ellos. Llegaron, adoraron al Señor, le dieron regalos, y luego se regresaron por otro camino. No hay duda que fueron tocados por el Señor y fueron transformados para el bien, incluso en ese breve encuentro.

Son tantos los hermanos y hermanas nuestros que son como ellos. Sea por un breve o extendido periodo de tiempo Jesús entró a sus vidas. Pero no encontraron que El fuera alguien a quien ellos deseaban llegar una y otra vez. Son buenas personas. Muchos fueron bautizados, otros no. Estos son buenos hombres y mujeres que aún andan buscando, posiblemente sin darse cuenta. Puede que sean hombres y mujeres de fe. Puede que sean hombres y mujeres que tienen problemas con la fe. Pero son buenos en su compromiso de verdad y honestidad. Ellos son sinceros en su deseo de conocer a Dios pero, por alguna razón o por muchas razones, ellos han estado cerca de El pero la experiencia no fue suficiente para mantenerlos cerca de Cristo y de su Iglesia. Conscientemente o no, aún están buscando por algo más. Así es que, por una u otra razón, estas buenas personas puede que ya pertenezcan a Cristo o que no pertenezcan. Puede que por un tiempo lo hayan adorado con nosotros o puede que se hayan alejado de la práctica. Puede que se sientan cerca de Cristo o puede que tengan alguna razón de temerle o sentirse amenazados por El o por nosotros en Su Iglesia. Puede que crean en El o encontrarlo difícil de creer. Ellos merecen una mano que les ayude. Nosotros podemos hacer eso si es que lo hacemos con sinceridad y sin coacción, con respeto a su libertad, integridad y dignidad. Pero estoy

convencido de que, como el joven Agustín, todavía están buscando. Creo que Agustín tiene razón cuando escribió, *Nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en ti, oh Dios.*

Nos corresponde a los párrocos, a ti y a mí, tener en cuenta y ayudar a esos sabios hombres y mujeres a volver a encontrar a Jesucristo. Todos nosotros podemos hacer esto, cada uno en su propia forma de acuerdo a sus talentos y temperamentos. Pero primero, cada uno de nosotros tenemos que buscar de pertenecer más profundamente a Cristo, a Su Iglesia, y unos a otros. Luego tenemos que estar preparados a encontrarnos con estos hombres y mujeres en el lugar donde están. Muchos simplemente se han alejado de su fe. Yo sé de una familia que nunca tuvo la intención de dejar de ir a la Iglesia. Pero los niños y el fútbol y las reuniones de familia y el poco tiempo que compartían juntos como que sacó la Misa Dominical fuera del cuadro. Ustedes pueden conocer a personas así. Algunos se encuentran muy cansados. Otros no se sienten lo suficientemente motivados. Otros están muy enojados por los pecados y fracasos de la Iglesia los cuales nosotros en la Iglesia reconocemos y confesamos y buscamos nunca más volver a cometer. El principal de ellos es el abuso de niños y menores. Pero no es difícil enumerar otros muchos.

Mientras que *Pertenecer Mas Profundamente* no mencionó a todos específicamente, ellos son parte de la realidad de hoy. Nosotros, los pastores, necesitamos estar profundamente atentos de todas las diversas influencias que pueden estar presentes en las vidas de aquellos que nosotros esperamos descubran a Jesús y a Su Iglesia a través de nuestra oración y nuestro testimonio.

Este es el desafío que tenemos ante nosotros si es que hemos de ser los nuevos evangelizadores que los últimos Papas han pedido que seamos. Habiendo sido formados en una unión cada vez más profunda el uno con el otro en la Eucaristía Dominical, estamos listos para responder al desafío. Confiando en Dios y en todo lo que El nos ha dado, debemos tratar de hacer nuestro mejor esfuerzo para ayudar a otros a re-descubrir a Cristo y Su Iglesia a través de nosotros. Como pastores regocijándonos en el nacimiento de Jesús y Su vida compartida en la Misa Dominical, nos convertimos en evangelizadores para llevar el gozo de conocer a Cristo y así celebrar la Eucaristía al mundo. Podemos hacer esto con gran confianza porque lo conocemos a El y semanalmente somos nutridos por Su Palabra y Su sacramento. Con gran respeto y el amor que refleja el amor de Cristo por nosotros podemos mostrar a esos sabios hombres y mujeres que están buscando, que El es la respuesta a sus anhelos, porque El es la respuesta a los anhelos de cada corazón humano.

TIEMPO PARA EL PROXIMO PASO

Hay dos retos que se abordaron en esa carta pastoral del 2010. En Primer lugar nos estábamos preparando para la nueva traducción del Misal Romano. Todos ustedes fieles laicos, sacerdotes y diáconos lo hicieron. No fue fácil. Pero todos nosotros tomamos ventaja de las instrucciones, talleres y las “tarjetas de bancas” y lo hicimos muy bien. Los felicito. Hicieron la transición con un gran espíritu y con un gran sentido de compartir la vida que es nuestra en esta comunidad de comunión que es la Iglesia. Estoy convencido que esto ha traído una nueva conciencia de la oración litúrgica a la Iglesia y una nueva apertura para ser transformados por la espiritualidad de la liturgia.

Ahora estamos listos para el segundo desafío de esa carta. Ahora se nos llama a ser evangelizadores. Un *evangelizador* es alguien que vive su fe y quiere que otros descubran el gozo que compartimos viviendo como discípulos de Cristo en su Iglesia. Esto significa que cuando celebramos la Eucaristía, no dejamos nuestra fe en la puerta de la iglesia. Tenemos que hacer algo más que agradecer que Cristo viva en nuestros corazones. Debemos compartir el gran don y la buena nueva de ello con otras personas, para que puedan descubrir a Cristo para sus vidas y en sus vidas. Llenos del amor de Dios, del Espíritu Santo, nos convertimos en Sus testigos. Ahora tenemos que ser ejemplo para otros y ayudar a aquellos a quien Cristo está llamando a pertenecer más profundamente, a encontrarse con El en y a través de la vida de la Iglesia. Esto es una vida de fe, esperanza y amor, una vida bendecida por los sacramentos, y especialmente por la Eucaristía, la cual es la fuente y cumbre de lo que somos como Iglesia. En las palabras de Santiago, el primer apóstol mártir, “debemos ser hacedores de la palabra y no contentarnos con solo oírla.”

HACEDORES DE LA PALABRA

“Id y anunciad el Evangelio del Señor” es una de las despedidas que escuchamos al final de la Misa. En respuesta a eso, afirmamos que lo que hemos compartido en la Misa, en palabra y sacramento, lo llevaremos con nosotros al mundo. No podemos ser Católicos de Domingo y el día lunes paganos o ser Católicos virtuosos en la casa pero actuar lo opuesto afuera en el mundo. Compartimos un compromiso, cada cual a su propia manera, de llevar a Cristo al mundo. Nosotros somos Sus evangelizadores que vemos el mundo como el viñedo del Señor, dispuestos

y con gran confianza, no en nosotros mismos sino en Cristo, listos para tomar parte en ayudar hacer la viña aún más fructífera.

Algunos de ustedes se resistirán a ser llamados “evangelizadores”. ¿Quién quiere empujar a la gente a la Iglesia? ¿Quién quiere interferir con la vida de otras personas? ¿Por qué tengo yo que llegar a alguien que probablemente lo que quiere es que se le deje tranquilo? ¿Además, no es eso lo que los obispos y sacerdotes están supuestos hacer? Estos pueden ser muchos de los pensamientos y reacciones que surgen en sus mentes y corazones al ir leyendo esto. Estoy seguro que pueden agregar algunos pensamientos y reacciones suyas. Yo lo entiendo muy bien, y sé que tales reacciones vienen de buenas personas que como ustedes son santos y humildes, buenos católicos, pero no quieren ser pretenciosos, no quieren ser los que ponen sus narices en los asuntos de otras personas o tratan de decirle a otras personas como vivir sus vidas. Ustedes tienen un muy buen punto.

PERO – Quisiera que ustedes pensarán un poco más profundamente y se den cuenta lo frecuente que ustedes ayudan a su vecino o que perdonan a alguien que les haya ofendido o que se levantan para defender lo correcto y verdadero o cuando no escatiman en sus negocios o cuando hablan la verdad con amor o cuando hacen las cosas de la manera correcta o cuando muestran a sus hijos a través de palabras y ejemplos como deben vivir sus vidas. ¡Todo esto son “calificadores” para hacer lo que les estoy pidiendo que hagan! Todos estos son momentos, sea que utilicen la palabra evangelizador o no, cuando están evangelizando. ¡Ustedes están **cumpliendo la Palabra de Dios!** En cierto sentido ustedes ya están haciendo lo que yo estoy diciendo. Ustedes están viviendo ya de acuerdo con las enseñanzas de Jesús. Sin embargo, ustedes pueden ir más allá al ayudar a otros a descubrir lo bello y liberador, lo maravilloso y gratificante que puede ser conocer a Cristo Jesús en Su Iglesia. ¡A través de ustedes ellos pueden llegar a conocerlo a El y a profundizar los lazos de la vida, el amor y la esperanza que respetará su dignidad y dará nuevo sentido a sus vidas! ¡Como “pastores” ustedes pueden contactar e invitar a sabios hombres y mujeres a regresar a Belén, regresar al establo, regresar a Jesús y Su madre, María! **Sus vidas son la prueba de que vale la pena. Sus ejemplos dicen más que las palabras. El gozo de compartir como miembros de Cristo es el mejor argumento que tenemos. El mensaje es simple pero maravilloso: Vengan con nosotros a la Eucaristía Dominical. Re-descúbrelo a El que está esperando por ti. Ven y ve si Sus palabras no te ayudan. Ven y ve si Su amor no te toca.**

En su magnífica carta, *Evangelii nuntiandi* del 1975, el Papa Pablo VI escribió sobre la evangelización y la necesidad de evangelizadores para el mundo donde vivimos. El habló de ellos como testigos. El dijo que no solo damos testimonio con palabras sino con la autenticidad de nuestras vidas. La gente se convence más por lo que ve que por lo que escucha. Cuando la gente puede vernos viviendo la vida de Jesucristo, entonces sabe que primero puede ser vivido y segundo que vale la pena vivirlo. ¿Será que no vale la pena un poco de compromiso y esfuerzo de nuestra parte?

Recuerden, no estamos haciendo esto solos. Nosotros somos emisarios del Señor acercando las personas a El, no a nosotros. Nunca lo hacemos de forma que sea insensible ni buscamos forzar o acosar a alguien. No nos acercamos a las personas en las calles o les molestamos en sus casas. Por el contrario, siempre tenemos un gran respeto por todo ser humano, de su dignidad, como hijos e hijas de Dios, como hermanos y hermanas de Cristo. Respetamos su libertad, su dignidad, su integridad y sus puntos de vista. Tenemos que encontrarnos con las personas en el lugar donde ellos están. Con palabras y obras y con ternura y con sinceridad de vida y amor, les invitamos a descubrir lo que nosotros hemos descubierto.

En este proceso, la Iglesia no solo evangeliza, sino que la Iglesia se vuelve ella misma evangelizada. El Papa Pablo en su preciosa carta que mencione explica todo esto de una manera extraordinariamente sensitiva. ¡Aquí es donde la *Nueva Evangelización* tiene su comienzo! ¡Inspirado por el Segundo Concilio Vaticano, el Papa Pablo abrió una nueva manera de testimoniar para la Iglesia, para ti y para mí! El Beato Juan Pablo II luego propuso que todos abracemos la *nueva evangelización* como nuestra manera de seguir a Jesús. Ahora, en el llamado para el Año de la Fe que empieza este octubre, el Papa Benedicto XVI nos urge a que ayudemos a otros a pertenecer más profundamente re-afirmando la fe que compartimos. ¡El nos dice y quiere que nosotros le digamos a los demás que *la puerta de la fe siempre está abierta para nosotros!* Ustedes, mis amigos, pueden ser los que muestren la puerta abierta a tantas otras personas que necesitan su ayuda y que responderán a su bondad que muestran y que proviene de su corazón y sus vidas.

Si ustedes creen en su corazón y profesan con sus labios que Jesús es el Señor, entonces ustedes ya son evangelizadores. Nuestra Diócesis de Rockville Centre está llena de gente como ustedes. Yo lo sé porque me he encontrado con ustedes y he hablado con ustedes por más de diez años. Ustedes son los escogidos de Dios. Ustedes viven su fe, aman su fe y la transmiten a

sus hijos. Ustedes son la mejor publicidad que Dios tiene de Su amor enviado al mundo. Ustedes son los mejores portavoces del mensaje de salvación de Jesús. Yo sé que es cierto porque les conozco. Y mucho más importante, el Señor les conoce. El es el que nos llama a evangelizar a nuestros hermanos y hermanas para que sepan lo que nosotros sabemos y vivan lo que nosotros vivimos.

Somos el Cuerpo de Cristo y cada uno de nosotros tiene un papel que desempeñar. Como su obispo tengo un papel definido y una responsabilidad en nuestra Iglesia local. Como San Agustín dijo tan famosamente, “para ustedes soy un obispo, con ustedes soy un Cristiano”. Mis hermanos sacerdotes, ustedes comparten el ministerio presbiteral conmigo. Juntos somos el presbiterado que sirve al Pueblo de Dios trayendo a Cristo a ellos y trayendo a ellos a Cristo. Obispos, sacerdotes, diáconos, hombres y mujeres consagrados tienen funciones y responsabilidades específicas. Tienen el propósito de servir a la Iglesia y ayudar a conducir, ordenar e inspirar a toda la Iglesia hacerse testigos en un mundo secular.

Sobre todo, mis queridos hermanos y hermanas laicos, nuestro papel es apoyarles, ayudarles y animarles. Ustedes son los que van a la viña del mundo secular. Con sus vidas son ejemplo de la vida Cristiana para los demás. Con sus palabras y ejemplos ellos aprenden del amor de Dios y ven que Cristo está vivo en los corazones Cristianos. Ustedes, laicos fieles, son los evangelizadores en sus comunidades, en sus lugares de trabajo, donde van a la escuela, donde se relajan, y en todos los diferentes lugares donde viven su vida diaria. Todos hemos escuchado y la mayoría de nosotros hemos usado las palabras “somos la Iglesia”. Y lo somos. Ningún grupo de la Iglesia puede decir por sí mismo, “somos la Iglesia”. Solamente unidos como un solo cuerpo de Cristo es que existe la Iglesia particular. ¡La Diócesis de Rockville Centre es la Iglesia compuesta por todos nosotros, sin excepción y sin exclusión de ninguno de nosotros!

¡Y eso no es todo! Nosotros somos la Iglesia siempre unida en unión con María y los ángeles y los santos que nos rodean cuando ofrecemos la liturgia Dominical. Tal como proclaman los prefacios de la Misa Dominical: *con los ángeles y arcángeles y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos*. Nosotros, obispos, sacerdotes y diáconos, les ofrecemos nuestros servicios. Los hombres y mujeres consagrados están listos para ayudarles a cumplir las plenas implicaciones de la vida en Cristo en este mundo y en el venidero. **Ustedes son los que con sus vidas verdaderamente cambian el mundo.** Y ustedes son a los que yo invito ahora a ser

transformadores del mundo, a ser transformadores de corazones, a ser transformadores de vida, para todos esos sabios hombres y mujeres que están en busca de Cristo. Ellos les necesitan. Ellos necesitan ser ayudados a entrar en contacto regular con Cristo y con el regalo más grande que El nos ha dejado, el regalo de la Eucaristía que celebramos cada domingo.

Ustedes saben lo frecuente que les he mencionado la maravillosa historia de los mártires de Scytillan en el Norte de África en 180. Sus palabras deben ser las nuestras: *¡Sin la Eucaristía Dominical no podemos vivir!* Cuando decimos eso y lo vivimos, damos testimonio de que la Eucaristía Dominical es la fuente y cumbre de nuestras vidas. Es lo que nos hace ser lo que somos, nos da identidad, nos acerca a Cristo, y nos permite a ti y a mí vivir la vida que El quiere que vivamos. Ahora es el momento para que invitemos a otros a compartir lo que ya tenemos.

¡AL VIÑEDO!

Tenemos todos los recursos que necesitamos. Tenemos la palabra de Dios, la Biblia. Tenemos las enseñanzas de la Iglesia dadas a través de dos mil años, durante los cuales el Espíritu de Dios ha guiado al Papa y los obispos en Consejo y enseñanza solemne. Ya he mencionado estos recursos de los pasados cincuenta años. ¡Todos ellos son nuestros; conocimiento y sabiduría para nosotros para que podamos ser lo que estamos llamados a ser e invitar a otros a ser uno con nosotros!

Estamos llamados a ser uno con Dios y unos con otros como Iglesia. Lo que tenemos y es más importante es el amor de un Dios que vive como una comunidad de tres personas: el Padre que envió a Su Hijo a salvar al mundo; el Hijo que se hizo hombre para poder compartir nuestra vida y por Su muerte y resurrección nos libró y nos dio el poder compartir en su vida divina; el Espíritu Santo que es el vínculo del amor divino. Tenemos a María y a los santos. Tenemos a la Iglesia y los sacramentos. Tenemos la Palabra de Dios y la Eucaristía. Tenemos los documentos de la Iglesia y ahora por los últimos veinte años *El Catecismo de la Iglesia Católica*. Nos tenemos unos a otros, y todos somos uno en Cristo Jesús. Es por eso que el Papa Leo el Grande pudo exclamar, *cristianos, reconozcan su dignidad*. ¡Así es que comencemos!

Al hacer la obra de Dios, con El, nuestra fuerza viene de la vida sacramental de la Iglesia y de la Eucaristía. Nuestras mentes y nuestros corazones son moldeados por Su palabra. Ahora ponemos nuestros dones al servicio de los demás, pues Jesucristo puso Su vida al servicio de toda la humanidad.

Así llegamos a esta maravillosa oportunidad que va a ser presentada a nosotros de una manera muy concreta a través de la invitación que yo ahora les hago al comenzar este *Año de la Fe*. He aquí lo que ha de pasar.

El *Año de la Fe* fue convocado por el Papa Benedicto XVI para comenzar el fin de semana del 13 y 14 de octubre, cincuenta años después del comienzo del Segundo Concilio Vaticano, veinte años después de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*. En ese fin de semana del 13 y 14 de octubre, en nuestras parroquias nosotros los pastores les vamos a invitar a comenzar el año rezando personal y específicamente por una persona o personas que ustedes quisieran pertenecieran más profundamente a la Iglesia. Puede que sea un miembro de sus familias. Puede ser alguien cercano a ustedes. Puede ser alguien con quienes han perdido contacto. Puede ser alguien por quien están preocupados. Puede ser alguien a quien han amado desde la distancia. Puede ser alguien que ustedes saben necesita ayuda. Les estamos pidiendo que escriban solamente el primer nombre de la persona por quienes van orar de manera especial en una tarjeta que se les proporcionará. Todos esos nombres serán puestos en un lugar designado en la Iglesia. Desde ese día en adelante se incluirá una petición por esas personas en las intercesiones generales del domingo, no solamente esa semana, sino en las semanas a seguir.

Dependiendo de lo que trabaje mejor en sus parroquias, en el primer o segundo domingo de Adviento, cual sea el domingo que su párroco designe, aquellos por los que se ha estado orando serán invitados a la Misa y a una experiencia de hospitalidad. Puede ser a las 9:00, a las 10:00, a las 11:00, puede ser la Misa de vigilia el sábado en la tarde. Ustedes ofrecerán una invitación personal a esas personas por las que han estado orando. Esa invitación no va con la intención de señalar o llamar la atención a aquellos por los que han estado orando u han aceptado la invitación. Más bien, esta es una oportunidad para que la parroquia de la bienvenida a todos los que nos acompañen para que ellos también puedan compartir las riquezas del viñedo. De esta manera deseamos dar a cada persona la oportunidad de una vez más experimentar la belleza de la liturgia dominical y el gozo de conocer a Jesucristo en la comunidad de comunión que es Su Iglesia. No hay mejor lugar para hacerlo que en su parroquia, con su párroco, sacerdotes, diáconos, personal de la parroquia, amigos y vecinos: todos uno en la familia de Cristo.

Para ayudarnos a preparar, vamos a tener días de estudio para el personal pastoral de la parroquia. Habrá tres días para el personal pastoral. Será una oportunidad para que todo el personal pastoral de la parroquia conozca a nuestro nuevo obispo auxiliar, el Obispo Nelson

Pérez, quien estuvo a cargo del Instituto Católico para la Evangelización de la Arquidiócesis de Filadelfia. También habrá la oportunidad de estudio para el personal de apoyo y para el consejo pastoral. Ellos a su vez podrán ayudarnos a todos a buscar pertenecer más profundamente a Cristo y a Su Iglesia.

UNA PALABRA FINAL

El Señor dijo a sus discípulos que la cosecha es abundante pero los obreros pocos. El les pidió que oraran para que los obreros fueran a la viña y así hubiera una buena cosecha. Lo que El le pidió a sus primeros discípulos nos lo pide hoy a nosotros. La invitación nos llega hoy tal como entonces. La oportunidad es tan grande hoy como la fue entonces. Con confianza en El podemos ir al viñedo. Con oración y con la fuerza que tenemos como Iglesia podemos hacer una diferencia para el bien. Ahora es el momento.

En su carta *Porta Fidei*, el Papa Benedicto nos recuerda que “este es un tiempo de gracias espiritual que el Señor nos ofrece para recordar el precioso don de la fe”. Queremos profesar nuestra fe en toda su plenitud. Queremos celebrar nuestra fe, especialmente en la liturgia. Queremos compartir nuestra fe, de tal manera que otros quieran compartir lo que sabemos nos da corazones que están llenos de amor y de vidas que están llenas de significado. No lo hacemos solos. Lo hacemos con El que es *el Camino, la Verdad y la Vida*. Lo hacemos con El que dijo, *Yo soy el Buen Pastor*. Lo hacemos con Jesús que nos enseñó que El y el Padre son uno. Lo hacemos con El que dio Su vida como rescate por muchos y que proclama, *he aquí, Yo siempre estoy con ustedes, hasta el fin del mundo*.

William Murphy

Obispo de Rockville Centre

3 de septiembre de 2012

Fiesta de San Gregorio el Grande